



LOS MANDAMIENTOS DE FLORES,

para cantar los enamorados.

CON EL MAYOCHICO Y EL MAYO GRANDE.



Los mandamientos de amor,
niña, te voy á cantar;
estame atenta un momento
si los quieres escuchar.

El primero de esta rosa
es un hermoso jazmin;
amar á Dios, porque al fin
es sobre todas las cosas.

El segundo de esta rosa
se convierte en palo amargo;
yo tambien te advierto á tí
que no le jures en vano.

El tercero de esta rosa
le llaman la violeta

por rosa mas escogida,
que es santificar las fiestas.

En el cuarto te daré
un lirio, porque te cuadre,
que en ausencia y en presencia
honres á tu padre y madre.

La flor de melocoton
pongo en el quinto lugar;
no mates, que para Dios
solo se queda el matar.

La rosa de Jericó
pongo en el sexto lugar;
que te apartes de los vicios
y vivas en castidad.

En el sétimo te doy
la flor de la maravilla,
que no hurtas nada á nadie,
que á riesgo pones tu vida.

En el octavo te doy
una sarta de madroños,
que no mientas ni levantes
ningun falso testimonio.

En el noveno te doy
el verdor de los agenjos,
para que tú no desees
nunca los bienes agenos.

En el décimo te doy
la flor de las aceitunas,
para que tú no codicies
mujer que no sea tuya.

Aquestos diez mandamientos,
niña, se encierran en dos:
en querer y en que me quieras,
y en servir y amar á Dios.

Mayo florido y hermoso
que á esta puerta me has traído;
para haber de echar un mayo,
señora, licencia os pido.

Esa licencia, galan,
usted se la trae consigo;
eche el mayo á quien quisiere,
no echándome á mí en olvido.

¿A quién echaré por mayo,
por esposa y por mujer?
A la señora de N,
que es mas bella que un clavel.

¿Quién ha de ser su galan
que derrame ó corte flores?
Será el señor de N,
que muere por sus amores.

Ella dice que le quiere;
él dice que la querrá.
con amor tan fino y puro,
que jamás se olvidarán.

MUDA DE VERSO.

Señora de N,
si usted me dejara,
todas sus facciones
yo las dibujara.

Cuando no responde
la señora dama,
es señal que tiene
la licencia dada.

Ya ha venido mayo,
bien venido sea,
para que galanes
cumplan con doncellas.

Ya ha venido mayo
por esas cañadas,
floreciendo trigo,
vertiendo cebadas.

Facciones personales.

Tu cabeza, dama,
aunque pequeñita,
en ella se forma
una márgarita.

Tu pelo, señora,
son madejas de oro,
que cuando lo peino
se me enreda todo.

Tu frente espaciosa
es campo de guerra,
donde el dios Cupido
plantó su bandera.

Tus cejas, señora,
están arqueadas;
son arcos del cielo,
y el cielo es tu cara.

Tus ojos, señora,
son luceros de alba,
que alumbran de noche
á mis esperanzas.

Tu nariz aguda,
cual filo de espada,
que á los corazones
sin sentir los pasa.

Tus labios, señora,
son de filigrana;
cuando los meneas
me hechizas el alma.

En esa boquita
tienes dos carreras
de dientes menudos
que parecen perlas.

Ese hoyo que tienes
en esa barbilla,
es sepulcro y caja
para el alma mia.

Tu garganta, dama,
es tan clara y bella,
que el agua que bebes
toda se clarea.

Tus carrillos, dama,
son tan colorados,
que á la propia grana
están comparados.

Tus orejas, dama,
no gastan pendientes,
porque las adornan
tu cara y tu frente.

Tus brazos, señora,
son dos fuertes remos;
guían y gobiernan
á los marineros.

Esos cinco dedos
que hay en cada mano,
son diez azucenas
cogidas en mayo.

Tus pechos, señora,
son dos fuentes de agua,
donde yo bebiera
si vos me dejara.

Tu cintura, dama,

siempre voy temblando
el que te se rompa
cuando vas andando.

Tu tripa, señora,
es caja de guerra,
que cuando la tocan
todá se retiembla.

Tu ombligo, señora,
es tan pequeñito,
que al pezon del higo
está comparadito.

Aquesto que tapas
con el delantal,
tiene dos columnas
y el palacio real.

Tus maslos, señora,
son de oro macizo,
donde se gobierna
todo el artificio.

Tus rodillas, dama,
son borlas de plata;
bien haya la tierra
en que ellas descansan.

Zapatito blanco,
media colorada,
bonita es la niña,
pero bien guardada.

Tu pie pulidito
y el andar menudo,
con esos pasitos
engañas al mundo.

Ya te he retratado,
dama, tus facciones;
ahora falta el mayo
que te las adorne.

Si no estuvieres contenta
con el mayo que te he echado,
mañana ves á la plaza,
escógele por tu mano,
con cuatro varas de cinta
y un listoncito encarnado.

OTRA CANCIÓN DE LOS MAYOS.

Salve mes de mayo,
salve primavera,
salve dulce encanto
que alegra la tierra.

Ya llegó la noche,
sea enhorabuena,
de cantarte el mayo,
regalada prenda.

No hay pluma que escriba,
ni menos poeta,
ni pintor que pinte
tu simpar belleza.

Voy á retratarte...
Pero aquí mi lengua
proseguir no puede
y á cantar no acierta.

Quítese la luna,
el sol vaya fuera,
serafines y astros,
luceros y estrellas.

La luna envidiosa
desmayada queda,
al ver otra luna
mas hermosa que ella.

El sol con sus rayos,
deja su carrera
al ver otro astro
que á él le supera.

Los tiernos amantes
encantados quedan
al oír el nombre
de esta deidad bella,

Que con su sinura
pasmados nos deja,
y al decir su nombre
se turba mi lengua.

Para qué me canso
en tanta manera,
siendo un imposible
pintar esta perla.

La luz del discurso
quite mi torpeza,
pues es muy preciso
que tu nombre sepan.

Aun entre las flores
de la primavera
la Rosa de mayo
la atención se lleva.

Por eso entre todas
la prefiero á ella,
y canto mi mayo
á la Rosa bella.

Rosita salada,
canto de sirena,
es un ramillete
de flores diversas.

Quién será el dichoso
de tu gusto, perla?
quién si no tu amante
que está á tu puerta?

Ya de tí me ausento,
adios, rosa bella,
adios, flor del campo,
adios, azucena.

Adios, rosa blanca,
adios, rosa fresca,
adios, ramillete
de flores diversas.

En fin, me despido
de mi Rosa bella;
tu amante rendido
tienes á la puerta.

MADRID:—1848.

Imprenta de D. J. M. Marés, Corredera de S. Pablo, n.º 27.!